

llevaban á la novela con violencia revolucionaria. De aquí las contradicciones de una crítica que quería abarcarlo todo, y que después de haber dado la luz sobre mil puntos secundarios se obstinaba en no querer comprender.

HECTOR BERLIOZ

Acabo de leer un libro que me ha emocionado profundamente; *La Correspondencia inédita*, de Hector Berlioz. No trato de hablar de música, sería incompetente; quiero ponerme bajo un punto de vista particular; estudiar en Berlioz solamente el genio, tanto tiempo no comprendido, exasperado por una lucha continua, rechazado y silbado en Francia cuando se le aclamaba en el extranjero, triunfando sólo por la muerte después de haber arrastrado durante seis años la agonía de la suprema caída de *Los Troyanos*.

Además, mi trabajo será sencillo, limitándome á hacer algunas citas. He aquí la verdad de los hechos.

En un excelente artículo biográfico de mon-

sieur Daniel Bernard, que procede á la *Correspondencia*, encuentro por el pronto interesantes noticias. Es necesario recordar las leyendas que se han inventado respecto á Berlioz cuando vivía. Se hacía de él un loco y un malvado; un artista, cuyo orgullo desmedido no podía tolerar ningún rival. Los periódicos de aquel tiempo le pintaban así: «El músico no comprendido, desprecia profundamente lo que vulgarmente se llama público; pero en compensación sólo siente una mediana estima por los artistas contemporáneos. Si le nombráis á Meyerbeer. — Si tiene algún talento no lo niego, pero se somete á la moda. — ¿Y Auber? — Compositor de cuadrillas y canciones. — ¿Bellini, Donizetti? — ¡Italianos, italianos! ¡músicos fáciles, demasiado fáciles!»

No es esto todo, como dice M. Daniel Bernard; en crítica se achacaban á Berlioz las opiniones más absurdas. Hombre de lucha, teniendo que combatir para imponer sus ideas, se había fortificado en un folletín del *Diario de los Debates*, desde donde ametrallaba á sus numerosos adversarios, que tenían en su favor la tontería corriente. En vano se esforzaba demostrando su opinión; se leía lo contra-

rio de lo escrito. Este es un fenómeno asombroso que se produce siempre. La palabra escrita que todos pueden leer parece ser incontestable; pues bien, no es así. Berlioz, tratando del *Idomeneo*, de Mozart, escribía: «¡Qué milagro de belleza semejante música! ¡qué pura! ¡qué perfume de antigüedad!» Y leían: «Mozart no tiene ningún talento, nadie tiene talento, yo solo he inventado la música.» Quien pueda que explique este fenómeno, que ocurre siempre que un artista convencido habla á las gentes vulgares. «De una vez para siempre — dice M. Daniel Bernard — téngase entendido que Berlioz no pretendía, de ningún modo, el puesto que ciertos compositores han obtenido después. El no se vanagloriaba de ser el *único* de su clase, y no creía que antes de él fuese la música una ciencia ignorada, tenebrosa, inculta; lejos de renegar de los antiguos, se prosternaba con veneración delante de los dioses de la sinfonía... Su única pretensión (y nos parece justificada) era continuar la tradición musical, agrandándola y mejorándola, gracias á los recursos modernos.»

Además tenía afecciones vehementes, de-

fendía á Liszt con una pasión extraordinaria. Si hacía un destrozo continuo de las óperas cómicas, se entusiasmaba ante las obras que le agradaban. Era un croyente con algo de fanatismo por sus ideas, naturalmen'te agraciado por la injusticia de sus contemporáneos.

Sigo copiando las siguientes líneas de monsieur Daniel Bernard, que resumen con toda claridad la atormentada vida de Berlioz.

«Existían excelentes razones para que Berlioz fuese atacado, discutido y calumniado por sus competidores. Los que tenían talento no le perdonaban el que fuese un genio; los que no tenían ni genio ni talento, que era el mayor número, se arrojaban indiferentemente al asalto de toda reputación seria, sin esperanza de sacar ventaja para ellos mismos y únicamente por el placer de destruir. Cubierto de laureles en el extranjero, Berlioz se irritaba de encontrar en las hojas de sus coronas triunfales los mosquitos parisienses que le picaban. Se preocupaba más de los odios que encontraba en su propio país que de las magníficas ovaciones que le esperaban, pasadas las fronteras, en Londres, en San Petersburgo, en Viena, en Weimar, en Lowenberg.»

He aquí otra cita de M. Daniel Bernard, una frase que he encontrado muy bonita: «Algunos críticos creían que lo habían hundido para siempre ó pensaban que lo creían, porque en el fondo no estaban muy seguros.»

Ya es tiempo de oír hablar al propio Berlioz. Copio de distintas cartas los pasajes más sentidos, los que demuestran el resentimiento que sentía hacia París y la Francia. Es una herida siempre abierta, es una lucha constante contra la tontería, mezclada con un dolor profundo, de verse despedido de su país.

El 14 de Febrero de 1848, escribía desde Londres á M. Augusto Morel: «Respecto á Francia, ya no piendo en ella... La evidencia lo confirma. Comparando las impresiones que mi música ha producido sobre todos los públicos de Europa que la han oído, me veo obligado á deducir que el público de París es el que menos la comprende. ¿No es grotesco que se toque en los conciertos del Conservatorio las obras de cualquier autor, excepto las mías? ¿No es humillante para mí ver que la ópera recurre siempre á medianías musicales, y que sus directores están constantemente armados contra mí de prevenciones que me

sonrojaria poder vencer violentándoles? ¿La prensa no es cada día más innoble? ¿Veis hoy día otra cosa (con raras excepciones) que intrigas, bajas transacciones y estupidez?... ¿Creéis que puede engañarme la sonrisa de algunas gentes que ocultan sus uñas y sus dientes, porque saben que tengo *garras* y *colmillos*? No ver más que imbecilidad, indiferencia, ingratitud ó terror, este es mi destino en París.

El 15 de Marzo de 1848, escribe desde Londres á M. Joseph d'Ortigue: «Sólo puedo pensar, para mi carrera musical, en Inglaterra ó Rusia. Hace mucho tiempo que di mi adiós á la Francia; la última revolución hace mi determinación más firme y más indispensable. Tenía que luchar bajo el pasado gobierno contra los odios sembrados por un folletín, contra la ineptitud de los que gobiernan nuestros teatros y la indiferencia del público. Ahora tendría también la falange de grandes compositores que la República acaba de sacar á luz con la música popular, filantrópica, nacional y económica. La Francia, bajo el punto de vista musical, es un país formado de tontos y de pillos; es necesario ser un topo para no conocerlo.»

El 21 de Febrero de 1852, escribía desde París á M. Alexis Lwoff: «Hay que renunciar á París, y creo que el mes próximo volveré á Inglaterra, donde el deseo de amar la música es al menos real y persistente. Aquí todo lugar está ocupado; las medianías se devoran entre sí, y se asiste á la pelea y á la voracidad de estos perros, con tanta cólera como asco. Los juicios de la prensa y del público son tan tontos y tan frívolos, como no se encuentra ejemplo en las demás naciones.»

El 9 de Febrero de 1856, escribe desde París á M. Augusto Morel: «Sólo se ven intrigas, vulgaridades, necedades, pillerías, pillos, necios, vulgo é ignorantes. Me sostengo más que nunca, separado de esta sociedad, envenenada por envenenadores.»

El 12 de Febrero de 1861 escribía desde París á su hijo Luis Berlioz: «Los profesores de cifras (música en cifras) han vuelto á provocarme; ya habrán visto en mi artículo del 19, para lo que han servido sus alardes, y qué golpe me he visto obligado á darles en la cabeza. Haz que lo lea Morel, que también se vió insultado por ellos hace algunos años. Nunca me he visto tan precisado á combatir

como este año; estoy rodeado de toda clase de locos. Hay momentos que la cólera me ahoga.»

Podría citar infinitos párrafos por el estilo, donde se ve al pobre grande hombre luchar desesperadamente contra los insultos que dirigen á su talento. La cólera le arrastra, los epítetos se amontonan, siempre está sobre las armas para rechazar los ataques, y se adivina que siente en su corazón una tristeza incurable, la puñalada que la frivolidad de su querido y detestado París le ha clavado en mitad del pecho y de la que morirá. Su pena sólo recibe consuelo del extranjero; cuando sonríe es que ha triunfado en alguna parte, lejos, en Berlín ó en Londres.

«Ayer he recibido una carta de un señor desconocido hablando de mi partitura de *Los Troyanos*. Me dice que los parisienses están acostumbrados á una música más indulgente que la mía. Esta frase me ha encantado.»

(Carta á Mad. Ernit, París, 14 de Diciembre de 1864.)

«He aquí otro boletín de la gran armada... La segunda representación de *Beatriz*, en Weimar, ha sido lo que se me había dicho que

sería. Fuí llamado á escena después del primer acto y después del segundo. No quiero cansaros contando las encantadoras adulaciones de los artistas y del Gran Duque.»

(Carta á M. y Mad. Massart, Lowenberg, 19 de Abril de 1863.)

«Te escribo tres renglones para que sepas que anoche he obtenido un éxito piramidal. Me llamaron á escena no sé cuántas veces, aclamándome como compositor y como director de orquesta. Esta mañana he leído en el *Times*, el *Morning-Post*, el *Morning-Herald* y otros varios periódicos, ditirambos como nunca han escrito de mí. Acabo de escribir á M. Bertin para que nuestro amigo Raymond, del *Diario de los Debates*, haga un *pot-pourri* de todos estos artículos y que al menos se sepa lo ocurrido.»

(Carta á M. Joseph d'Ortigne, Londres, 24 de Marzo de 1852.)

Así, pues, esta ha sido su vida hasta el último día; silbado en Francia, aplaudido en el extranjero. Terminaré mis citas con una página cruelmente irónica. Anunciaron que Berlioz salía para Alemania, donde había sido nombrado maestro de capilla. Entonces escri-

bió el 22 de Febrero de 1834 la siguiente carta á M. Brandus.

«La verdad es que debo dejar la Francia algún tiempo, dentro de algunos años, pero la capilla musical cuya dirección se me ha confiado no está en Alemania, y puesto que todo se sabe en este endiablado París, más vale que os diga ahora el lugar de mi futura residencia: soy director general de los conciertos particulares de la reina de los Ovas en Madagascar. La orquesta de S. M. Ova se compone de artistas malayos muy distinguidos y de algunos malgaches de primera fuerza. Verdad es que no quieren á los blancos, y en los primeros tiempos tendría que padecer mucho en tierra extranjera si tantas gentes en Europa no se hubiesen tomado el trabajo de ennegrecerme. Espero, pues, llegar entre ellos broncado contra su mala voluntad. Mientras tanto, hacedme el favor de hacer saber á vuestros lectores que continuaré habitando París lo más posible, y yendo á los teatros lo menos posible, pero iré á ellos á cumplir mis funciones de crítico, como antes ó más que antes. Quiero, para concluir, escribir cuanto pueda, puesto que en Madagascar no hay periódicos.»

Ahora ¿qué moral podemos sacar de todo esto, puesto que, muerto Berlioz, sabemos cuál ha sido su triunfo? Hoy se inclinan profundamente ante su tumba; se le proclama la gloria de nuestra escuela moderna. Este grande hombre que han vilipendiado, que han arrastrado por el arroyo durante su vida, lo aplauden en la tumba. Todas las mentiras acumuladas á su alrededor, todas las leyendas odiosas y ridículas, todas las polémicas tontas, todos los esfuerzos del odio y de la envidia, tratando de mancharle, han desaparecido como polvo barrido por el viento: él solo queda de pié victorioso. Londres, San Petersburgo, Berlín, son los que han tenido razón contra París. ¿Pero creéis que este ejemplo cure á la multitud de su frivolidad y á las mediocridades de su envidia hacia los talentos personales? ¡Ah! ¡No será así! Mañana puede nacer un músico original que encontrará los mismos silbidos, las mismas calumnias, y empezará idéntica batalla si quiere la misma victoria. La tontería y la mala fe son eternas.

Chaudes-Aigues y Balzac

He tenido un verdadero hallazgo, he descubierto un volumen que se titula *Los escritores modernos de Francia*. Lo ha publicado Gosselin en 1841, y su autor es un crítico que se llama Chaudes-Aigues, el cual murió hace veinticinco ó treinta años, según creo, y que hoy está completamente olvidado. Recuerdo haber leído en la *Revista de París* un artículo en el que Asselineau trata á Chaudes-Aigues como á hombre ilustrado y de entendimiento agudo y sagaz. De todos modos, sin estar en primera línea, Chaudes-Aigues ocupaba un puesto honroso en la literatura de la época, puede decirse que resumía el término medio; ocupando entonces el lugar que algunos de nuestros críticos muy leídos ocupan hoy día.

Además, la prueba de que sus estudios tenían algún valor, lo demuestra el haber encontrado un editor que los reuna en un volumen. Digo, pues, que hojeando este volumen, he encontrado un estudio sobre Balzac, que

para nuestra generación es el colmo de la irrisión. Manifiesta por completo la necedad de una época, viéndose en él la constante envidia de las mediañas, esa eterna negación de los tercios ante las personalidades poderosas. Lo más gracioso es que á nosotros, que ya somos la posteridad, nos causa risa colocar á Balzac frente á Chaudes-Aigues; el gigante de la novela moderna al lado de ese enano ridículo que trata de cubrirlo de lodo, sin conseguir más que mancharse á sí propio. ¡Qué hermoso espectáculo y qué lección! Pueden morder, insultar, mentir, denunciar, ser espías capataces de presidio, arrastrar las obras por el lodo; aquí tenéis el resultado: aquellos á quienes difaman, crecen y resplandecen ante sus nietos, mientras que sus juicios odiosos y necios llegan á ser, si alguna vez se les encuentra, objeto de vergüenza y menosprecio para su memoria.

Quiero resucitar á Chaudes-Aigues, porque servirá de ejemplo para nuestros vociferadores de hoy día. Es necesario que cierta crítica conozca estas inmundicias; veréis que nada ha cambiado; las acusaciones son siempre las mismas; esta clase de talento no da más de sí

Así, pues, me contentaré con hacer algunas citas; bastarán para conocerle. Por el pronto Chaudes-Aigues triunfa en diez páginas, porque Balzac se permite hacer ciertos cambios en la clasificación de sus obras. Ya se sabe que el gran novelista concibió algo tarde la idea de reunir sus novelas, enlazándolas bajo el título de la *Comedia humana*, y tuvo entonces ciertas dudas, modificando varias veces el orden de diferentes partes. Evidentemente nada había aquí que disminuyese el talento del novelista; nosotros no nos preocupamos hoy día de estas cosas, pero Chaudes-Aigues se regocija, imaginándose que va á confundir á Balzac haciéndole esta guerra de detalles; y cuando prueba que algunas obras no están en su sitio, triunfa y se envanece de haber pulverizado la *Comedia humana*. ¡Pobre hombre! Así termina su fallo: «Una vez entregada esta enumeración compendiosa á las meditaciones de los entusiastas admiradores de M. de Balzac, oiremos con indiferencia á M. de Balzac elogiar hasta la exageración las maravillas arquitectónicas con que sueña. ¿Quién podría pensar sin reir en la futura catedral de M. de Balzac?» Ciertamente

nos reimos hoy día, pero es de Chaudes-Aigues.

Lo que ponía fuera de sí á Chaudes-Aigues, era la actitud de Balzac. Oidle: «Cada vez que M. de Balzac rueda sobre la plaza pública una piedra de su edificio lo hace á son de trompeta con su correspondiente exordio, teniendo el cuidado especial de anunciar que si el templo no está todavía terminado sólo consiste en la grandeza del plan concebido.» Naturalmente debían de llamarle charlatán; es cosa convenida. Tenía ideas que defender y luchaba contra ardientes adversarios por puro charlatanismo. Además sus obras maestras tenían el defecto de llamar la atención y sus libros cometían el crimen de venderse. También Chaudes-Aigues se alza de hombros ante la *Comedia humana* lleno de compasión. «Hace cinco ó seis años que M. de Balzac imaginó un medio singular para sustraerse á la jurisdicción soberana de la crítica; declaró en alta voz, con una sangre fría imperturbable, que sus novelas no podían someterse á la crítica definitiva, en vista de que sus novelas no eran obras separadas las unas de las otras, sino rivales, por decirlo así, procediendo cada una de

inspiración particular y llegando á conclusiones esencialmente diversas, pero siendo fragmentos de un monumento gigantesco las piedras indispensables de un colosal palacio en el que quería alojar á su país. Algo contrariada por esta sentencia de incompetencia con que se la hería, la crítica se contentaba alzando indiferentemente los hombros en señal de indulgente piedad...» ¡Ved á este hombre de genio teniendo la ambición de construir un monumento y rogando á la crítica que espere! ¿Puede soportarse semejante prentensión? La tontería no tiene espera.

Pero esto no es más que entrar en materia. Chaudes-Aigues de una plumada ha hundido la *Comedia humana*. Balzac está convicto de falsedad é ineptitud; no tiene plan general, quiere imponerse á la crítica, se consume en esfuerzos superfluos. Ahora se trata de probar que sus novelas no ofrecen ni originalidad, ni interés, ni talento, nada, absolutamente nada, el vacío completo.

Por el pronto, Balzac no ha inventado nada. En todas sus obras no hay más que dos tipos, un hombre de genio despreciado que lucha, y una mujer de corazón pronta á toda clase de

sacrificios. «Luis Lambert y Mad. de Vienmenil, dice Chaudes-Aignes, siguiendo una comparación muy justa, son los borradores de la carta de los dos únicos retratos que ha grabado M. de Balzac. Desgraciadamente para M. de Balzac, la originalidad de estos dos retratos no le pertenece; en esta ocasión no tiene más mérito que el de hábil reproductor. Como el grabador que imprime sobre la plancha de madera ó de acero la idea del pintor, ó como el discípulo que dirige tímidamente su lápiz sobre las líneas que ha dejado el pincel del maestro, ha imitado imágenes creadas por otras inteligencias.» En otro párrafo dice: «M. de Balzac no ha tenido tanto cuidado de disimular sus plagios cuando en lugar de caracteres principales trata de personajes secundarios y de menor cuantía. Para combatirle solamente sobre un terreno que le sea favorable, citaremos en apoyo de nuestra aserción sus dos libros más populares; *Eugenia Grandet* y *El Lirio del Valle*; en el primero el Avaro y Melmoth, aunque con mal gesto y contrariados, sirven de constante modelo al autor; en el segundo las situaciones generales y los efectos escénicos están fabricados con

retazos de *Voluptuosidad*. ¡Molière! ¡Mathurin! ¡Hoffman! ¡Sainte-Beuve! Es necesario ser justos: M. de Balzac no va á ciegas y sabe á quién se dirige.» Balzac despojando á Sainte-Beuve es el colmo, como diríamos hoy. Además, la acusación de plagiarío está en el orden; Chaudes-Aignes no se completaría si no tratase á Balzac de ladrón. Los Chaudes-Aignes de hoy día siguen la tradición.

Pasemos ahora al estilo. Vais á ver que Balzac ignora radicalmente su lengua: «M. de Balzac desconoce por completo las nociones más vulgares de la sintaxis; no tiene idea del principio más elemental. A su capricho hace activos los verbos pasivos y viceversa, ó bien coloca en la categoría de los irregulares ó absolutos los verbos neutros. Casi todos sus giros son forzados; con una audacia y una seguridad verdaderamente fabulosa, establece violentamente entre sustantivos, de los que no conoce el verdadero significado ni el origen, adjetivos cuyo sentido ignora; hace alianzas que reprueba todo á la vez, la tradición, el vocabulario y el buen gusto. Respecto á los pronombres relativos ó posesivos y á los verbos, el novelista se sirve de ellos como de esos des-

tacamentos de caballería ligera que se lanzan al centro de un ejército derrotado para aumentar el desorden y la carnicería; es un cuerpo de reserva destinado en las horas decisivas para destrozar la lengua por completo. » Esto es irónico. Chaudes-Aigues no se da cuenta de una cosa, y es, que una página de Balzac, aun incorrecta, vale mucho más que su volumen de artículos. Nuestra lengua viene transformándose desde principio del siglo, en medio de nuestras luchas literarias, y es un trabajo singular querer juzgar las obras de Balzac con las reglas de La Harpe. Chaudes-Aigues niega sencillamente la evolución moderna en materia de estilo; este enriquecimiento considerable de la lengua, este raudal de imágenes nuevas, este color, y hasta estoy por decir este olor introducido en la frase. Sin duda habrá que ordenar todo esto; pero burlarse ó indignarse ante este movimiento es no comprenderlo, es demostrar debilidad cerebral.

Lleguemos á la moralidad. En esto Chaudes-Aigues está sublime. Me parece oír á nuestros críticos y á nuestros cronistas de hoy día anatematizando al naturalismo. Lo cómico abunda; sólo tengo la duda de la elección.

«Una de las pretensiones de M. de Balzac, para la que seremos inexorables, exclama, es la que revela claramente el título de sus obras, de conocer á fondo las costumbres del siglo y de pintarlas con toda exactitud. ¿Cuáles son las costumbres que describe M. de Balzac? Costumbres innobles y repugnantes, cuyo único móvil es el sordo interés y la crápula. Si nos atenemos al pretendido historiador filósofo, al dinero y al vicio, es á lo único que aspiran los hombres de hoy día; las pasiones perversas, los gustos depravados, las tendencias infames, animan exclusivamente á la Francia del siglo XIX, esta hija de Juan Jacobo y de Napoleón.

No se encuentra ningún sentimiento honrado, ninguna idea decorosa á dondequiera que se vuelva la mirada. La Francia—porque el retrato de Francia es lo que se propone hacer el autor—es un pueblo de granujas galoneados, de bandidos más ó menos encubiertos, de mujeres que han llegado á los últimos límites de la corrupción ó en camino de corromperse; nueva Sodoma cuyas iniquidades atraerá el fuego del cielo. Es decir, que los calabozos, los lupanares y los presidios serían asilos

de virtud, de probidad, de inocencia, comparados con estas ciudades civilizadas de Balzac. Como se ve, nada falta: Sodoma, Juan Jacobo y Napoleón. Lo mismo se dice hoy de nuestras obras, y se nos cita á Balzac, diciendo que al menos Balzac concedía algo á la virtud, desprendiéndose de sus obras gran moralidad. Es necesario saber á qué atenerse. La verdad es que los Chaudes-Aignes futuros nos citarán á los novelistas del siglo xx, acusándoles á su vez de vergonzosa inmoralidad.

Esperad; aún no he concluido. Lo mejor es que creemos oír á los críticos que conocemos, y se diría que es un artículo publicado ayer sobre novelas de las que sabéis los títulos: «No cabe duda; hay en la sociedad contemporánea infamias y vergüenzas, fortunas cuyo origen no puede decirse, posiciones usurpadas, industrias deshonorosas, egoismos llevados hasta la cobardía y la infamia, bajezas sin nombre; pero decir que no existe más que esto, sería mentir. Hay quien se complace en presentar tales elementos, engrandecerlos, poetizarlos, acariciarlos, componiendo con ellos el constante espectáculo que agrada al vulgo; el querer hacer de ellos asunto de admiración

y entusiasmo, esto es hasta lo criminal. Por fortuna, existe hoy más que nunca en el corazón de cierta juventud, de la que M. de Balzac no sospechaba la existencia, instintos desinteresados y nobles, pasiones generosas, convicciones sinceras y ardientes, que no obscurecerán ni podrán desarraigar los malos ejemplos ni las perniciosas lecciones. Bajo este estercolero que M. de Balzac remueve á manos llenas en el fondo de una tierra virgen y fecunda, se desarrollan en estos momentos los gérmenes preciosos... Pero, ¿con quién hablamos? El autor de *La joven de los ojos de oro* puede comprendernos. Todo lo que debemos decir á M. de Balzac es que está en completa contradicción, tanto con el espíritu filosófico de su siglo, como con la literatura seria... Colocado durante su vida entre Mlle. Scudery, de quien tenía la fecundidad enfermiza, y el marqués de Sade, á quien imita en otro orden de ideas con rara habilidad, podrá ver muy pronto desde sus ventanas el cadáver de su reputación arrastrado á las gemonías.»

Esta vez no falta nada; ya llegó el marqués de Sade; lo esperaba; debía de ser de la fiesta. No se puede comprender cuánto consumo hace

la crítica del marqués de Sade. Ya está aquí, «pasteles de crema» de los Chaudes-Aigues pasados, presentes y futuros. Un novelista no puede exponer una llaga humana sin que se le manche con esta comparación tonta, que sólo prueba una cosa: la completa ignorancia de los que la emplean.

Pero dejad que me regocije con la penetración extraordinaria del profeta Chaudes-Aigues. ¿En dónde está la juventud que debía de arrastrar á Balzac á las gemonías? ¡Oh Chaudes-Aigues! Hoy los hijos y los nietos de Balzac triunfan: este novelista de genio, que no tenía nada que ver con la literatura seria ni con el espíritu filosófico de su siglo, ha dejado justamente la fórmula científica de nuestra literatura actual. Si tus semejantes de hoy día, ¡oh Chaudes-Aigues!, profetizan con el mismo acierto, los que condena al basurero pueden regocijarse, porque les espera el éxito y la gloria.

Acabemos. He aquí otra cita larga pero necesaria. Chaudes-Aigues, en su último párrafo de dos páginas, cree que da un golpe contundente hundiendo á Balzac para siempre. La toma con los defectos de su carácter, ha-

bla de su orgullo y llanamente le trata de loco. Leed y medita estas páginas. «De buen grado hubiésemos asistido como testigo impasible y nada curioso á la decadencia de M. de Balzac, falso meteoro que pronto se hundirá silenciosamente en el mar de volúmenes infaustos de donde ha salido, si M. de Balzac, á medida que declina, no se empeñase en cansar la paciencia del público, abrumándole con su personalidad. M. de Balzac, á fuerza de encontrarse parecido, sino superior, á todos los grandes personajes antiguos y modernos, ha llegado á colocarse tan alto en su propia estimación, que daría prueba de una modestia increíble formando parte de los pretendientes á la Academia. El que consienta en compartir el imperio de las letras con treinta y nueve rivales; el que quiera cambiar su trono por un sillón, hay que convenir en ello, una verdadera abdicación... Los señores del Instituto no darán lugar, así lo esperamos, á una de esas bufonadas de las que el público está cansado... Que M. de Balzac se proclame, haciendo uso de anuncios, autor incomparable, el mejor de los novelistas modernos, el primer fabricante de obras maestras al por mayor y en detalle,

es una cosa ridícula que recuerda á la rana de La Fontaine, pero que las librerías, poco escrupulosas, pueden hacer complaciendo al autor por su dinero. Que M. de Balzac se coloque en un prólogo como escritor, al lado del cual, Richardson, Walter-Scott y otros nada valen, es hasta cierto punto tolerable como asunto inestimable de hilaridad: pero que M. de Balzac no se contente con imponer su nombre al público por medio del prólogo y del reclamo pagado, y aproveche todas las ocasiones de incensarse á sí propio sin reparar en la oportunidad; que hoy, bajo pretexto de aclarar una cuestión de derecho literario, mañana con el de señalar el perjuicio ocasionado á la librería francesa por la falsificación belga, pasado mañana refutando una opinión emitida sobre él en un artículo crítico, y otro día proponiendo una modificación del Código civil ó del Código penal; que M. de Balzac, incesantemente preocupado de su importancia personal, interprete el papel de mariscal de Francia y de emperador que representa alternativamente sin que nadie se aperciba... esto es lo que no puede tolerarse, esto deja de ser risible, porque es un orgullo llevado hasta la locura.

Comparar la pequeñez del mérito con la estravagante ambición, es un deber que la crítica filosófica no puede eludir.»

Los oídos me chillan. ¿Se trata de Balzac ó de algún otro? ¿El artículo se ha publicado hace treinta años ó ha sido esta mañana? ¿Será de Chaudes-Aigues ó será de... poned un nombre? ¡Pobre Balzac! ¡caer bajo la férula de una medianía, porque trabajaba mucho, porque no podía contener su imaginación, porque llenaba su vida con la fe de los grandes trabajadores! ¡Ah! ¡Qué venganza la de hoy! Pero ha padecido y ya no existe.

Se me contestará: «Basta ya, tenéis razón, ese Chaudes-Aigues es un idiota. ¿Qué capricho os hace exhumar tanta tontería? No es una cosa graciosa, nos fastidia, eso no tiene sentido común. Hoy día todo el mundo está acordes; Balzac es el gran novelista del siglo; es inútil que para demostrarlo manifestéis las tonterías que críticos completamente olvidados, han dicho de él; no nos habléis más de vuestro Chaudes-Aigues.»

Yo puedo responder: Estamos de acuerdo, Chaudes-Aigues es un idiota; las citas que de él he hecho, son ya bufonas y aburridas, pero

bueno es advertir, que Chaudes-Aigues ha sido, en su tiempo, un crítico distinguido, atendido y leído por el público, á quien adúlaba y que pensaba como él. Su estudio está escrito con limpieza, salvo algunas incorrecciones y muchas tonterías. Seguramente creyó hacer una obra de justicia y de moral, y ha sucedido que treinta años han bastado para hacer de él un fantoche que no se puede leer sin reirse. Pues bien, decidme cuantos Chaudes-Aigues tenemos en nuestros días, y pensad con qué carcajada recibirán nuestros nietos los artículos de estos señores. Esto es lo único que me satisface.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

Julio Janin y Balzac

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

Me he recreado dando á conocer algunos extractos de un increíble estudio que el olvidado crítico Chaudes-Aigues hizo hace tiempo denigrando la sobresaliente figura de Balzac. Hoy voy á tener nueva satisfacción reproduciendo algunos párrafos de un artículo publicado por Julio Janin sobre el autor de la *Comedia Humana* en la *Revista de Paris* en Julio de 1839.

Chaudes-Aigues era casi un desconocido, un hombre sin gran autoridad, cuya tontería no tenía consecuencias; pero Julio Janin, ¡diablo! esto ya es grave. Recordad que Julio Janin fué consagrado solemnemente príncipe de los críticos, que durante cuarenta años todos se inclinaron ante su autoridad, y que nada ha igualado á su celebridad como no sea el olvido en que ha caído de una vez para siempre. Novelista profundo, aclamado como crítico dramático, parecía de suficiente talla para comprender y juzgar á Balzac: pues bien, vais á oírle.

Hay que advertir que Balzac acababa de maltratar á la prensa en su novela *Ilusiones perdidas*. Janin se creyó obligado á tomar la defensa del periodismo. En aquellos tiempos ya se asombraban de que un novelista, acribillado por los periódicos, arrastrado continuamente por el lodo, tuviese la audacia de no estar satisfecho y de que acusase á sus difamadores de mala fe y de ignorancia. Balzac no se mordió la lengua; en la Revista que le pertenecía, claramente dijo que los periódicos mostraban una actitud «innoble» respecto á él. Nunca les perdonó. Estas son cosas que hoy día deben de tenerse presentes y no olvidarlas cuando tratan de hundir á los vivos con el recuerdo de los grandes muertos. Añadamos que Janin, siendo el defensor de la prensa, fué rastreramente el ejecutor de los rencores de *La Revista de París* que acababa de perder su famoso proceso contra Balzac. Pero lleguemos á las citas; las doy en el orden que se presentan.

Por el pronto, Janin se chancea con gracia: le han obligado á leer *Las Ilusiones perdidas*, lo que es para él un suplicio atroz. Para descansar de este molesto trabajo, exclama: «Des-

pués, lleno de placer, volvía á mis antiguos libros, aquellos que han tenido desde el primer momento un centro, un principio y un fin; nobles obras maestras, cuya contemplación hacen á uno mejor de lo que es. Ocorre todo lo contrario con esas miserias modernas escritas al azar, sin plan, sin objeto, como si trazasen sobre el papel el más fantástico de los castillos en el aire; su lectura causa no sé qué intranquilidad que cuesta trabajo contener.» Esta es la profesión de fe «sin plan, sin objeto.» Está muy bien. Esto me recuerda á Sainte-Beuve que prefería el *Viaje alrededor de mi cuarto* á *La Cartuja de Parma*.

Continuemos. «David Sechard se cree feliz reemplazando á su padre á toda costa para poder nombrar á su amigo Luciano regente de imprenta con el sueldo de cincuenta francos mensuales; se me olvidaba decir que madame Chardon, la madre, ganaba treinta cuartos al día cuidando enfermos; su hija, veinte cuartos en casa de una planchadora. Este ruido de dinero y este olor de cobre lo tendréis que soportar muchas veces en mi narración; pero no tengo yo la culpa, sino M. de Balzac, que hace depender el destino de sus héroes, y

estoy por decir de todos sus héroes, de una moneda de cincuenta céntimos.» Dice más adelante: «De dos mil francos que llevó á París no le quedaban más que trescientos sesenta francos; fué á vivir á la calle de Cluny, cerca de la Serbona; dió cuarenta cuartos al cochero; le quedaron, pues, trescientos cincuenta y ocho francos. Para leer con fruto las novelas de M. de Balzac hay que saber algo de aritmética y un poco de álgebra; de otro modo se pierde mucho de su encanto. Os suplico que creáis que estos minuciosos detalles son exactos y que soy incapaz de inventarlos.» Esto lo creo sin que lo jure; no hay duda que es inteligente este Janin. El príncipe de los críticos no ha comprendido que la gran originalidad de Balzac ha sido dar al dinero, en literatura, su terrible papel moderno.

El más gracioso de los reproches que le hace Janin es decirle que se repite y que sólo tiene una nota. Esto causa risa cuando se recuerda que el susodicho Janin ha repetido durante cuarenta años el mismo artículo en la gacetilla de los *Debates*. ¡Cuarenta años de cháchara vacía! ¡Cuarenta años de crítica inútil y florida! ¿No es un escándalo que venga

después acusando de uniformidad al autor de la *Comedia humana*, que ha creado un mundo entero?

Por fin se decide á entrar de lleno en la lectura de las *Ilusiones perdidas*, y oid qué términos tan delicados emplea: «¡Otra vez! ¡No hay remedio! Cerremos los ojos, retengamos el aliento, calcemos las botas impermeables de los lodazales y marchemos á nuestro gusto por el fango, puesto que así os agrada.» Me parece que estoy leyendo á un crítico moderno hablando de los lupanares del naturalismo.

En la narración, Janin encuentra el nombre de Walter Scott, y vedle sin freno; llena dos páginas de ese estilo fluído que corre como agua tibia. Balzac, que sentía por Walter Scott una admiración difícil de comprender hoy, tuvo la desgracia de decir que todas las heroínas del novelista inglés se parecían, y el crítico exclama con indignación: «¡Qué blasfemia! ¿Cómo puede desconocerse el valor de estas obras maestras que toda Europa sabe de memoria?

»Por lo mismo que ha colocado á la mujer en segundo término en sus historias; porque ha rodeado á sus heroínas de las más dulces vir-

tudes; porque sus pasiones son tranquilas y su amor honrado; porque son siempre honestas y reservadas, como conviene á jóvenes destinadas á ser estimadas madres de familia, por esto justamente es por lo que las novelas de sir Walter Scott serán siempre leídas. Esto es lo que se llama crítica profunda. Decididamente el príncipe de los críticos no tenía el cráneo de suficiente cabida para comprender á Balzac.

Le comprendía tan poco, que lo comparaba á Paul de Kock y aun prefería á éste. Además esta era una de las manías de aquel tiempo, que desesperaban á Balzac. Janin se burla con perfidia, diciendo: «Así por caminos distintos, uno con la alegría y la exageración del qué se me da á mí, el otro por la manifestación de sentimientos delicados y por una política refinada en entremo, Paul de Kock y M. de Balzac han llegado á la misma popularidad, al mismo favor y al mismo número de lectores. Respecto á saber cuál de los dos obtiene ventaja, preguntadlo á las capitales de Europa. Londres escogerá á Paul de Kock; San Petersburgo, el más hábil falsicador de París, proclamará á M. de Balzac; París se decide por

los dos; París está por todos los que le divierten.» Hoy París, Europa y el mundo entero, no conocen más que á Balzac porque Paul de Kock y hasta Julio Janin han muerto.

El príncipe de los críticos tampoco quiere dar la soberanía de la novela á Balzac. Este párrafo da á conocer su temperamento; copio toda la página porque merece la pena: «Os responderé que M. de Balzac no es el rey de los novelistas modernos; el rey de los novelistas modernos es una mujer, uno de esos entendimientos privilegiados lleno de inquietudes que buscan un ideal. Cuando escribe sus más hermosas novelas, me produce el efecto de Apolo guardando los rebaños de Admeto. Después vienen juntos, detrás ó delante de Balzac, muchos novelistas que como él miran con desprecio la sociedad tal como hoy se tolera; escritores audaces y de una fecundidad maravillosa. ¿Qué obra de M. de Balzac es más interesante ni tiene más movimiento que las *Memorias del Diablo*? ¿Qué cuento de M. de Balzac es superior á la *Mujer de cuarenta años* escrita por M. de Bernard? ¿Cuándo ha manejado Balzac la ironía tan finamente como Eugenio Sué? ¿Ha escrito algo que describa con

mayor lozanía, con más gracia primaveral, el paisaje, algo que sea preferible á los adorables caprichos de M. Alfonso Karr? No olvidemos, en género más elevado, la novela de M. Alfredo de Vigny, *Nuestra Señora de París y Voluptuosidad*, que son excepcionales, sin contar tantos cuentecillos ideales que no recuerdo ahora sus títulos, llenos de delirio, de imaginación y de amor...» Nada de esto agrada hoy día; el príncipe de los críticos no se distinguirá por su perspicacia.

¿Queréis ahora oír tratar á Balzac como á un repugnante naturalista de nuestro tiempo? «No porque exista el motivo hay que convenir en que la novela y la comedia deben, con el gancho en la mano, ahondar en ese *pandemonium* asqueroso lleno de inmundicias. No; hay cosas que no se deben ver y que apenas son permitidas al filósofo, al moralista y al cristiano. Un escritor no es un trapero; un libro no se llena como una espuerta.» Ved aquí una frase que parece escrita esta mañana. ¡Oh! Estos señores no malgastan su imaginación; las mismas palabras les sirven desde hace medio siglo. No han destruido á Balzac, pero no importa; todavía las encuentran

buenas para tratar de aplastar á los que vienen.

En suma: Julio Janin finge creer que Balzac ataca á las primeras personalidades del periodismo, á todos estos grandes nombres: Chateaubriand, Royer-Collard, Guizot, Armand Carrel, Villemain, Lamennais. La verdad es que Balzac hablaba de arreglos vergonzosos, de bastidores, de la prensa, de todos los abusos que el repentino éxito de los periódicos hacían nacer. Así, pues, admirad el párrafo siguiente: «Aunque no sea más sino porque desde que se fundó el periodismo, en 1789, todos los principios sobre los que reposa la sociedad moderna han sido defendidos y salvados por el periodismo, es triste ver á esta noble y querida profesión atacada hasta en sus inexperiencias y los accesorios más fútiles y desapercibidos. ¡Y atacado por quién! Por un libro sin estilo, sin mérito y sin talento.» ¡Gran Dios! ¿Se refiere á las *Ilusiones perdidas* el príncipe de la crítica? Entonces no conoce su principado y disparata. Después de formular semejante juicio debieron de sentarle sobre su corona como sobre una silla desvencijada. Pero esperad que aún no he

concluido; hay todavía una frase más fuerte; vedla aquí: «Felizmente, este libro es una de esas novelas que nada importa dejarla de leer, es de las que aparecen hoy para desaparecer mañana en un eterno olvido. En efecto, nunca y en ninguna época el talento de M. de Balzac se ha manifestado más difuso, nunca ha sido más lánguida su inventiva, nunca su estilo ha sido más incorrecto.» Basta ya; detengámonos, porque llegamos á lo sublime de lo cómico. ¡Bien, príncipe! Me parece que sois vos el que ha desaparecido en la eternidad del olvido. Nadie lee vuestras novelas, y vuestros cuarenta años de crítica no han dejado el más leve rastro en nuestra historia literaria. Respecto á Balzac, está en pié, cada día crece más. Siempre se busca con afán; es una lectura sana y refrigerante que sienta bien. Se respira cuando se comprende la necedad de la crítica, aunque se encuentre coronada; reflexionad que hoy no hay ni uno siquiera que haya juzgado digno de sentarse sobre el trono. Si así se desbarra siendo príncipe, ¿qué pensaremos de los juicios emitidos por la grey de críticos ordinarios?

Un premio de Roma literario

Acaba de concebirse un extraño proyecto, el de fundar un premio de Roma literario. Este proyecto, por fortuna, no lleva trazas de realizarse, y sería inútil discutirlo si no fuese un síntoma de la fea enfermedad que tenemos en Francia, queriendo ser protegidos y animados por el Estado.

En verdad no nos desprendemos nunca de nuestro afán de vivir como niños en el colegio. El arte y las letras continúan siendo para nosotros una serie de composiciones en tema latino y versión griega, necesitando que cualquier maestro distribuya los asientos y esté siempre presente para pegar en la espalda de los discípulos el número de orden. Si al finalizar el año faltasen las coronas de laurel de papel pintado, habría una consternación general.

Los galopines de ocho años llevan sus cruces de metal blanco sobre el pecho. Más tarde se les inscribe en el cuadro de honor y se les

colma de puntos buenos. Después, á su entrada en la vida, se les pasea de concurso en concurso, y los diplomas caen sobre ellos con tanta abundancia como las hojas en el otoño. Aún no se ha concluido: las medallas, los títulos, las cruces de todas clases de metales continúan lloviendo. Están timbrados, sellados y anotados, llevando por los cuatro costados el visto bueno de la administración, que declara en buena forma que tienen talento, y así llegan á ser un fardo debidamente registrado para la gloria. ¡Qué niñería; cuánto más sano es estar solo y libre con el pecho desnudo á la luz del sol!

Así, pues, he aquí á los escritores que no estaban bastante protegidos. No tenían concursos; únicamente la Academia se permitía distribuir á señoras y hombres inofensivos algunos tímidos premios. No sentían la tutela del Estado como los pintores y los escultores, por ejemplo, que dependen por completo de la administración, lo que es causa de celos terribles, y por eso nosotros también queremos cadenas. Nuestra libertad nos estorba; no sabemos hacer obras maestras, y tendemos las manos para que las aten. Los artistas son muy egois-

tas, guardando para ellos solos todos los obstáculos; pero nosotros lucharemos y daremos conferencias si es necesario para exigir nuestra parte de calabozo.

¡Reflexionad en esto! Los printores y los escultores tienen escuela en donde los profesores les enseñan el molde á que han de atenerse. Pasan la juventud en medio de concursos; después, un jurado les admite ó no les admite para darlos á la publicidad. Todos los años tienen que presentar algún trabajo, y los agraciados obtienen medallas, y cuando las medallas se agotan, recompensas excepcionales. Esto, al menos, es una carrera envidiable. Los discípulos disfrutaban de todos los goces posibles.

Comparad esta manera de vivir, esta existencia de artista, con la de los escritores, y veréis qué diferencia. El infeliz no tiene la medalla más pequeña; su familia no puede consolarse de semejante pena. Por ahora, todavía no se piden medallas, se contentan con que el Estado funde un premio de Roma literario. Este premio consistiría, como el premio de Roma, para la pintura, en una renta que percibiese durante cuatro años el laureado. Natu-

ralmente, sería elegido después de un curso, y el laureado se vería obligado á entregar cada año cualquier clase de trabajo, para probar que no se comía el dinero de la administración con duquesas. Este es el proyecto en principio; queda por señalar el género de composición. ¿Será una novela, un estudio histórico ó un poema? También creo que se ha hablado de una comedia ó de un drama en verso, pero esto limitaría mucho el premio de Roma literario; pues, en verdad, sería un premio de Roma dramático. Yo sospecho que los inventores del proyecto tienen en su papelera alguna tragedia compuesta en su juventud. Seguramente no han visto la parte ridícula de la invención.

Cuando se creó el premio de Roma, se trataba ante todo de facilitar á jóvenes artistas la vida en una población que se miraba entonces como el tabernáculo del arte. El viaje costaba caro, y, además, se quería asegurar á los laureados un local, relaciones y dirección artística; en fin, que la escuela tenía su bandera y quería formar soldados para defenderla. Todas estas razones explicaban la fundación. ¿En literatura para qué serviría un premio seme-

jante? A nadie se le puede ocurrir enviar á los laureados literarios á una población cualquiera; deben de quedarse en París, en este París que atrae todas las inteligencias. Más bien comprendería que las capitales de provincia fundaran premios para venir á París. Además, los escritores no tienen que hacer ningún gasto material; con una mano de papel, tres cuartos de tinta y uno de plumas, se escribe una obra maestra. En fin, tampoco tiene el Estado una literatura especial de la que se quiera defender la bandera. Los dos casos son completamente distintos; no comprendo qué relación han podido encontrar entre ellos.

La única razón que han dado, es que el premio de Roma literario aliviaría grandes infortunios y grandes desalientos, por lo que han hablado de Hegesipo Moreau y de todos los poetas de la leyenda, que, siendo unos genios, han muerto miserablemente en un hospital. Si tratan de señalar una renta á un joven escritor pobre, hay que sentar por principio que sólo los jóvenes escritores pobres tendrán derecho de optar á ella. El alcalde y el juez del distrito entregarán un certificado de pobreza, que depositarán en la secretaría con los demas-

documentos; porque los laureados que lleguen á tener mil doscientos francos de renta, pequeña pensión señalada por sus familias, cometerían una mala acción viniendo con méritos iguales á disputar el premio del hambriento. La pobreza del candidato pesará más que su mérito en la balanza del jurado.

Si descartamos esta razón sentimental, no se podría citar ningún otro argumento serio en favor de la fundación. No es esto todo; aunque se tengan para el premio de Roma literario las mismas razones que han tenido para crear el premio de Roma, para la pintura será prudente, antes de lanzarse en una segunda tentativa, averiguar si el primero ha dado buenos resultados.

Hoy día se puede claramente fijar el papel de nuestra escuela en Roma en el arte de este siglo; este papel ha sido completamente nulo. Ciertamente que un gran artista que vaya á Roma volverá con su ingenio; sólo que Roma no es necesaria á nuestros pintores, puesto que el mayor número de entre ellos, como Eugenio Delacroix, Courbet, Teodoro Rousseau, Millet, Corot y toda nuestra brillante escuela paisajista, no han estado allá. De este plantel,

que debía de ser fértil en maestros, no han salido más que medianías. La vasta revolución del arte en el siglo XIX se ha hecho fuera de Roma, al lado de la caliente estufa administrativa.

Tan cierto es que la escuela de Roma es hoy inútil, que sus discípulos viven en ella en una anarquía absoluta de doctrinas. Todos los años—al exponer las obras remitidas—se comprueba esta confusión de personalidades. La escuela de Roma no tiene ya ni siquiera su terquedad estética. El mismo resultado tiene entrar á los laureados á Pontoise; estarían más cerca del progreso moderno. Por lo demás, su estancia en Italia debe de ser agradable; puede que perjudique á su ingenio: pero un pintor mediano de más ó de menos, no tiene consecuencias; de todos modos, el ingenio que allí pueda extraviarse siempre saldrá adelante. Mi parecer es que nuestra escuela de Roma, ni es útil, ni perjudica.

Puesto que el resultado es negativo ¿para qué intentarlo en literatura? Es cosa convenida que ni el arte ni las letras ganan nada con ser patrocinados y pensionados; esto no sirve más que para sostener las medianías.

Un escritor mediano, por sí solo es molesto; si lo garantizasen se volvería peligroso. Demasiado agobiados nos vemos por escritores de relumbrón para que se abra una escuela de retórica. El día que se funde el premio de Roma literario sé muy bien lo que ha de ocurrir; no se dará ni á la pobreza ni al talento original, se dará á los entendimientos medianos y flexibles que saben coger todas la flores del camino. ¿Para qué animar á estos señores que bastante audacia tienen? Mi teoría es un poco bárbara en estas materias. Consiste en creer que la fuerza es el todo en la batalla de las letras. ¡Desgraciados de los débiles! Los que caen hacen mal de caer, y tanto peor si los aplastan; no tenían más que saber sostenerse de pié. Cada vez que un principiante cae, que un vencedor de la víspera es vencido, deduzco que llevaba en sí el germen de su derrota. La victoria es para espaldas resistentes, y esto es natural; el talento debe de ser fuerte, si no es fuerte, no es talento, y merece que la verdad se manifieste. Cuando se llega al arte hay que hablar virilmente para saber conducirse como hombre en la caída ó en el éxito.

Por ejemplo, á mi modo de ver se abusa citando constantemente á Hegesipo Moreau, Chaterton y á otros varios. Hegesipo Moreau fué un poeta mediano; su gran habilidad consistió en morir como lo hizo; si hubiese vivido, quizá no supiese nadie su nombre. Puede compadecerse á los pobres diablos que la ambición literaria mata en una buhardilla, pero es inocente echar de menos su talento, siendo criminal sostener el orgullo de las medianías. El escritor que concibe un mundo, da á luz un mundo.

Al principio hablé de esa necia manía de protección que tenemos en Francia. Con una mano se apoyan en las damas, con la otra en los gobernantes, y así se sube poco á poco la escala de los éxitos fáciles.

Se empieza por los diplomas y los premios académicos; se concluye por la cruz y los títulos. Para subir esta escala basta con tener el espinazo flexible, saber contentar á todos y saludar á derecha é izquierda. También es conveniente de vez en cuando un párrafo de moral y saber elegir siempre frases que no molesten á nadie.

¡Ah! Cuánto mejor es el desprecio. Despre-

ciar todas esas conveniencias, no sentir ninguna de esas necesidades de la vanidad, esta es la fuerza suprema en nuestro oficio de escritor. Estar solo, no depender más que del propio talento. Una obra es buena y se escribe porque quiere escribirse. Ninguna consideración impone el cambio de una frase; ¿para qué cambiarla cuando se ha renunciado á todas las recompensas? El gran placer es quedar y crear, se va siempre con la voluntad, que es el único camino que conduce á las obras maestras.

El odio á la literatura

Cuando yo colocaba mis artículos con mucho trabajo, recuerdo la emoción que me causaba la aparición de un nuevo periódico; quizá fuese una nueva puerta abierta; la literatura podría tener un rinconcito hospitalario. Este será el motivo de que yo tenga todavía la sencillez de alegrarme cuando veo á París cuajado de anuncios. Al menos es pan para algunos principiantes.

Este año la aparición de nuevos periódicos ha coincidido con el descanso que trae la primavera. Ya no hay Cámaras, casi no tenemos política, solo algún incidente surge de vez en cuando. Puesto que el número de periódicos aumenta justamente en el momento que la política hace un alto, sin duda se decidirán á conceder mayor espacio á la literatura, porque no ignoraréis que la literatura no sirve nada más que para llenar huecos. Entre dos sesiones del Parlamento utilizan un artículo de bibliografía, sólo por el qué dirán.

En cuanto á las variedades ó estudios literarios de alguna extensión, permanecen meses enteros sobre la mesa. Los periódicos que pasaban por hospitalarios, como por ejemplo, los *Debates* y el *Tiempo*, se han dejado absorber como los demás por la política. Solamente existen cinco ó seis personalidades testarudas que se obstinan en hablar de literatura y nada más que de literatura, en medio del aquelarre abominable que los partidos desencadenan á su alrededor. Creo que más adelante se les agradecerá esta laudable obstinación; por el pronto ignoro si al menos los leen. Ya se les concede un favor dejándoles ocupar todas las semanas trescientas líneas de un periódico, que podrían emplear útilmente en la discusión de la revisión ó escrutinio de listas.

Puesto que la política duerme y el número de periódicos aumenta, yo me hacía la ilusión de que remediarían la triste situación de la literatura. Pues bien, nada de esto sucede. La política que corría como un torrente no ha hecho más que extenderse formando una charca estancada; duerme é infecta todo el lugar que ocupa. Aunque se crearan veinte hojas, la política no tendría bastante para extenderse y

encenagarlo todo. Aunque los periódicos dejasen de llenar la plana de anuncios, ella se las arreglaría de manera que los inundase de arriba á abajo con su torrente tibio y fangoso. La política es la enfermedad fatal de nuestra época de desorden y transición.

Hablando yo un día con el director de un nuevo periódico, me decía con disgusto que su redacción no le satisfacía y me preguntó si conocía algunos jóvenes de talento. Le cité varios nombres, pero él levantaba los hombros murmurando:

— ¡Oh! literatos... Yo quería un joven que tuviese un gran talento y que se ocupase exclusivamente de política.

— ¡Ah! ¡ya! —concluí por decirle impacientado — pero ¿es que V. cree que un joven que tuviese suficiente talento para ser escritor consentiría nunca pisar la sucia cocina de vuestra política?

Esta manera de hablar fué brutal, pero ha sido y es todavía la exacta expresión de mi pensamiento.

Ciertamente, admito sin dificultad que los ambiciosos que buscan una posición en la política son á veces personalidades poderosas y

originales; pero reparad que sobre todo triunfan en la vida activa y que generalmente son medianos escritores. Los grandes poetas y los buenos prosistas, siempre han hecho muy mal papel en los Gobiernos.

Si descartamos las fortunas políticas extraordinarias, si nos atenemos á la multitud de periodistas y de agitadores, al rebaño de los elegidos por el sufragio universal desde los modestos consejeros municipales hasta los diputados, nos encontramos conque hay un artista ó un escritor malogrado en cada uno de estos hombres de Estado de pacotilla. La observación es constante; la política se recluta hoy día en la bohemia literaria. ¡Cuántas sé y qué buenas historias podría contar! Este ha principiado por un volumen de versos, cuyos ejemplares se encuentran todavía en los puestos de libros viejos; aquél ha paseado durante diez años sus manuscritos por los gabinetes de redacción y por las porterías de los teatros; otro desde su juventud ha escrito en periódicos de poca circulación, sin conseguir llegar al público y no pasando nunca de ser una celebridad de café; otro más, ha intentado hacer de todo, historia, crítica, poesía y novela;

carcomido de ambición, se ve obligado á abandonar uno á uno todos sus sueños, hasta el día que encuentra en la política una madre compasiva con las medianías. No hablo de los escritores que han tenido inspiración un sólo día, despertándose al siguiente condolidos y sin talento. Nueva y excelente adquisición para la política, cuya mano derecha se tiende á los impotentes y la mano izquierda á los inválidos.

Este es el hospital, la leonera, y tanto peor para quien lo tome á mal, porque en mi indignación no encuentro palabra bastante fuerte que los califique. Sí; estoy indignado de semejante ostentación de ambiciones malsanas y estúpidas. Ved un escrofuloso, un imbécil, un cerebro mal organizado; á pesar de esto encontraréis un hombre de la madera que se hacen los políticos. Algunos conozco yo que no me servirían para criados. Es una fiebre, un asalto de todos los apetitos dirigidos á una mujer fácil á quien cada uno de ellos espera violar. No se necesita ni entendimiento, ni fuerza, ni originalidad, nada más que relaciones y cierto carácter acomodaticio personal. Cuando se ha sido abogado mediano, perio-

disto mediano, hombre mediano de los pies á la cabeza, la política le admite y hace de él un ministro tan bueno como cualquiera otro, reinando como advenedizo más ó menos modesto y amable sobre la inteligencia francesa. Estos son los hechos.

¡Dios mío! Los hechos aún serían aceptables, porque diariamente ocurren otros más extraños. El observador se habitúa y se contenta con sonreír. Lo que subleva mi corazón es cuando estas gentes fingen despreciarnos y protegernos. No somos más que escritores, no servimos para nada; se nos limita nuestra parte de sol, se nos coloca al final de la mesa. ¡Oh! Nuestras posiciones son ya conocidas, señores, y nos creemos con derecho á pasar los primeros, disfrutar de toda la mesa y tomar todo el sol. Reflexionad que una sola página escrita por un gran escritor, es más importante para la humanidad que un año entero de vuestra actividad de hormiguero. Hacéis historia, es verdad, pero nosotros la hacemos con vosotros y os sobrepujamos porque la nuestra subsiste; vuestra vida generalmente se gasta en lo infinitamente pequeño de una ambición personal, sin que la nación reciba

nada útil ni nada práctico; mientras que nuestras obras, como subsisten, ayudan á la civilización del mundo. Además morís muy pronto: hojead, por ejemplo, una historia de los últimos años de la Restauración, y preguntad en dónde está tanta batalla política y tanta elocuencia; una sola cosa sobrenada hoy después de cincuenta años; la gran evolución literaria de la época, ese romanticismo cuyos jefes siguen siendo ilustres, cuando los hombres de Estado se han borrado de la memoria; ¿oís, hombres pequeños que metéis tanto ruido?, nosotros somos los que vivimos y los que damos la inmortalidad.

Es necesario que esto se diga claramente; la literatura está en la cumbre con la ciencia; después viene la política, abajo, en lo relativo de las cosas humanas. En un día de cólera, desesperado por las ambiciones ridículas y por el estrépito odioso que me rodeaba, escribí que mi generación concluiría por echar de menos el silencio del Imperio. La palabra traspasaba mi pensamiento, hoy puedo confesarlo; pero en verdad, ¿no están en mi favor todas las circunstancias atenuantes? ¿El centro de batallas, de sacudidas, de preocupaciones ho-

rripilantes y tontas, en el que la política nos hace vivir desde hace diez años, no es un centro intolerable en el que el entendimiento concluye por ahogarse? Volved á leer nuestra historia. A cada convulsión, durante la Liga, durante la Fronda, durante la Revolución francesa, la literatura cae herida de muerte, y no resucita hasta que pasa un período más ó menos largo de ofuscación é imbecilidad. Sin duda que las evoluciones sociales son necesarias y tienen su lógica; preciso es soportarlas, si no ocurre un verdadero desastre cuando se prolongan. Hoy que la República está fundada, que trata de tener la solidez de un verdadero Estado asegurando á la nación el libre empleo de su inteligencia, no olvide que su duración y su gloria depende de esto. Los políticos acérrimos la matarán, mientras que vivirá por los artistas y por los escritores.

Me refiero menos á nuestra generación que á la generación venidera. Nosotros, al fin, mejor ó peor, nos hemos abierto camino por circunstancias bien difíciles; pero compadezcó á los principiantes de hoy. Es pavoroso el número de periódicos de que antes hablaba, y la indiferencia y el desprecio que existe para

la literatura. No hay ni una sola hoja que ofrezca un rincón á una parte literaria seria. Todos llenan los aires con los sonidos más discordantes del organillo de Berbería político. Están mal redactados, son aburridos y agobian al público, porque, según creo, el público no muerde el anzuelo. Mucha satisfacción me causará que perezcan por donde pecan, que mueran de una indigestión de política en el abandono final de algunos centenares de lectores que disputan con la aspereza de tenderos que sueñan con la noche de recepción en el Eliseo. No ignoraréis que en el fondo de todo director de periódico existe un futuro presidente de la República. Después de Napoleón todos los ambiciosos querían ser tenientes; hoy día, después de MM. Thiers, Grevy y Gambetta, se presentan nuevos horizontes, no hay uno sólo de los malogrados escritores que no sueñe con la magistratura suprema, bien sea por el foro ó por la prensa.

Locura del momento, pero tumultuosa y molesta. Todo esto pasará y nosotros quedaremos, cosa que nos causa algún orgullo. El orgullo, por más que digan, es bueno en estos tiempos de aplanamiento en que vivimos.

Cuando los directores de periódicos piden jóvenes de talento y levantan los hombros si se les nombra á un escritor ó literato, es conveniente que los literatos se levanten y les digan: «No sois nada, y nosotros lo somos todo.»

ÍNDICE

	Págs.
LA NOVELA EXPERIMENTAL.....	5
DE LA NOVELA.....	81
El sentido de lo real.....	81
La expresión personal.....	93
La fórmula crítica aplicada á la novela.....	103
De la descripción.....	113
Tres debuts: I. Leon Hennique.....	123
— II. J.-K. Huysmans.....	132
— III. Pablo Alexis.....	143
Los documentos humanos.....	155
Los hermanos Zemganno: I. El prefacio.....	167
— II. El libro.....	180
De la moralidad.....	190
DE LA CRÍTICA.....	201
Polémicas: I. A. M. Carlos Bigot.....	201
— II. A. M. Armando Silvestre.....	211
El realismo.....	221
Las crónicas parisienses de Sainte-Beuve.....	233
Hector Berlioz.....	245
Chaudes-Aigues y Balzac.....	257
Julio Janin y Balzac.....	273
Un premio de Roma literario.....	283
El odio á la literatura.....	293